



Hubo un revuelo. Algunos libros se sobresaltaron y se arrimaron a sus compañeros.

—¡Alto ahí! ¿Qué es ese escándalo? —preguntó Hamlet—. Contesta, te lo ordeno.

—¿Me lo ordenas? —repitió la voz atronadora—. ¿Con qué autoridad? ¡Soy mucho más vieja que tú!

—Entonces sabrás que aquí no hace falta hablar a gritos.

—¡Hablar a gritos! ¡Llevo tantos años sin hablar que casi no reconozco mi propia voz! Estaba profundamente dormida y me habéis despertado con toda vuestra tonta charla sobre libros prácticos y silbidos. ¡Ahora ya no podré dormirme! Con lo que cuesta, a mi edad, echar un buen sueño...

—No puedes ser tan vieja —dijo Alicia para animarla y también porque quería saber su edad exacta.

—¡Soy tan vieja como las palabras! ¡Antes de que hubiera libros, yo ya existía! ¡Antes de que fueran escritas, la gente ya contaba mis historias! Por algo me llaman el Libro de los Libros.

## El viaje de *La Ilíada*

Los expedicionarios pasaron al comedor y se quedaron mirando el ventanal roto, por donde habían entrado los ladrones.

Era una mañana turbia y desapacible. Negros nubarrones asomaban en el horizonte, y las ramas de los árboles desnudos parecían de alambre.

Durante unos minutos examinaron el reloj que había sobre la repisa de la chimenea, intentando leer la hora.

—Las once y veinte minutos —dijo el quinto tomo de Jules Verne, que tenía conocimientos algo más avanzados.

—Prefiero los relojes de sol —comentó *La Ilíada*.

—Tam-también yo —añadió Gulliver.

—Lo malo —dijo el quinto tomo— es que los relojes de sol no sirven para leer la hora en el interior de las casas, ni tampoco cuando no hay sol, como ahora.

Se acercaron al ventanal.

—¿Y si llue-llueve? —preguntó Gulliver, mirando el cielo oscuro con aprensión.

*La Ilíada* se encogió de hombros, es decir de tapas, dando a entender que estaba dispuesta a todo.

—Yo saldré primero, por Zeus —anunció, con su resolución habitual—. Convendría que partierais cada dos horas. Tú dentro de dos y tú —le dijo al quinto tomo de Jules Verne— dentro de cuatro.

Los tres se dieron un abrazo de despedida, entrechocando las tapas.

Acto seguido, *La Ilíada* evitó cuidadosamente los cristales rotos y se inclinó para pasar por el hueco de la reja. Al notar el aire libre tembló un poco, no de miedo sino de frío, y se encogió, como si la cubierta le viniese holgada.

«Empieza la aventura», pensó.